

Los hombres de Rusia. Un documento (Fragmento novela)

Reinaldo Laddaga, escritor

Fecha de recepción: 11-09-2019

Fecha de evaluación: 16-11-2019

Hoy apenas lo recordamos, pero D'Annunzio, que nació en Pescara en 1863, llegó a ser la celebridad más alta de la literatura de las décadas en torno al principio del siglo XX. Disfrutó una precoz fama gracias al satanismo de sus primeros poemas, a lo barroco de sus crónicas de la vida social en Roma, a la brutalidad de las historias de incesto, idiotez, flagelación y muerte que narraban sus cuentos y novelas. Su celebridad, sin embargo, excedía el dominio de la literatura: las revistas de sociedad y los pasquines registraban minuciosamente sus acciones, detallaban la cadena interminable de sus romances, que alcanzó su clímax en 1895, cuando se convirtió en el amante de Eleonora Duse, la actriz más prestigiosa de la época. Por la época en que Giuseppe Antonio Borgese lo visitó en Florencia, había conseguido el esplendor al que desde su primera juventud había aspirado: su casa era atendida por veintidós sirvientes, en sus jardines corrían cuarenta galgos, en la caballeriza vivían

diez caballos, el garage guardaba varios autos deportivos, los múltiples salones alojaban calcos y mayólicas y los roperos miles de camisas y zapatos.

En un artículo que compuso años más tarde, Borgese recordaba con nostalgia la visita. El vate acababa por entonces de terminar su obra teatral más importante, un melodrama místico y sexual ambientado en las montañas y las cuevas de los remotos Abruzzos, en los riscos violentos de la provincia de L'Aquila, donde los pastores conservaban las tradiciones más antiguas del país. "Lo veía por la mañana – escribió– montando un caballo oscuro llamado Pertinaz; y por la tarde escuchaba de su propia voz de heraldo *La Figlia di Iorio*. Era una cosa fresca y bellísima, verdaderamente rústica, un melodrama lleno de música que prescindía de la necesidad de instrumentos musicales; me pareció



un milagro; y fue un don maravilloso que me invitara a traducir el poema para la compañía siciliana de Giovanni Grasso en mi dialecto nativo, para darle así ‘una segunda vida’”. Borgese cumplió con el mandato, y *La Figghia di Joriu*, su versión, fue pronto presentada en Roma; los actores y actrices eran extraordinarios, pero nada indujo la conmoción del público y los reseñadores tanto como el coro de plañideras de las provincias de Catania y Trapani que desplegaban sus atronadores cantos y sus exorbitantes chillidos.¹

Mi madre me leía las reminiscencias de su abuelo en su *atelier*, sentada en el borde del diván donde yo, con los ojos entreabiertos, me acostaba. Muchas veces me invitaba a que consultara por mí mismo cierto pasaje de un libro donde su abuelo describía el advenimiento de D’Annunzio: “No se había visto nada parecido al adolescente que, con el cabello enrulado y la sonrisa seductora, rubio y de ojos azules, se presentó, como tantos otros conquistadores, a la conquista de Roma”, y que acabó, con el correr de los años, convirtiéndose en “una de las fuerzas conductoras de la historia del siglo veinte”. No solo por sus escritos, sino también (y sobre todo) a causa de su principal acción política: la fundación, en 1919, de “una república oratoria autocrática, sorprendentemente nueva” en la ciudad de Fiume, en la costa este del Adriático, que había invadido con un grupo al principio diminuto de jóvenes soldados y de artistas. Allí presidió durante quince meses un régimen que Borgese llegó a considerar como el antecedente decisivo de los de Mussolini y Hitler. Ciertamente fue allí, en la plaza

¹ *La hija de Iorio* es una tragedia en verso en tres actos cuya inspiración inicial fue una espléndida pintura de uno de los más íntimos amigos de D’Annunzio: Francesco Paolo Michetti. Sucede en los áridos Abruzzos. El desastre que narra se inicia el día de bodas del pastor Aligi, el primogénito de una familia pobre y prominente. Cuando el sacramento está por consumarse, entra en el hogar que es el sitio de la ceremonia la hija huérfana de Iorio, un mago muy despreciado, muy temido. La persigue una turba de cosechadores borrachos. El novio está a punto de arrojarles su presa a los lascivos, pero ve flotando detrás de ella a un ángel mudo y lloroso. La visión lo fulmina y, arrepentido, cede a la súplica de Mila, la mujer, y consiente en protegerla. Pronto están los dos viviendo en una caverna, en compañía de un viejo curandero. Aligi no quisiera hacerlo, pero tiene que salir a rastrear a una cabra que se ha perdido por los roquedales. La hija de Iorio está sola cuando recibe la visita la visita siniestra de Lazaro, el padre del pastor, que se ríe con una risa breve y cruda y se dispone a enlazarla como si fuera un animal. Está a punto de someterla, de violarla, cuando Aligi regresa y le exige que pare de inmediato. El padre le responde que su poder es infinito, lo derriba de un brusco latigazo, y llama a dos asistentes que ha traído, a quienes les ordena que lo amarren. Pero el joven se suelta y, blandiendo un hacha, asesina a su progenitor. Ha sucedido lo peor: el parricidio. La polución se difunde por la comunidad de los montañeses. Para conjurarla, hay que matar al parricida como los ancestros lo demandan: metiéndolo en una bolsa junto con un mastín, y arrojando la bolsa a cualquier río. Los rústicos jueces lo conducen a la casa de la madre, para que ella le conceda el perdón y le de a beber una copa de vino fuerte. Candia, la madre, le está administrando la poción cuando Mila, vertiginosa, irrumpe. Viene a decir que fue ella, que Aligi no lo sabe a causa del hechizo que ella le infligió. La revelación, aunque falsa, induce la euforia de los verdugos, las hermanas, los vecinos: el asesino no era uno de ellos, sino un miembro de la casta extranjera y perversa de los magos. Aligi está borracho e insulta, tambaleándose, a la inocente que hace poco amaba, mientras la madre lo abraza y lo consuela. Pueden soltar al mastín del sacrificio, ahora que se llevan a la hija de Iorio para ponerla en la hoguera que a todos purifica.

frente al hotel desde donde D'Annunzio se dirigía a sus súbditos, que se practicó por primera vez en gran escala el saludo que luego se volvería tan popular en los mitines de Roma y Berlín, como yo podía comprobarlo al consultar la colección de fotos de mi madre.

Estas afirmaciones se encuentran en el primer libro que Giuseppe Antonio Borgese escribió en inglés, en el exilio, cuando ya había comenzado su otra vida. Para 1937, el año en que publicó *Goliath: la Marcha del Fascismo*, se había cerrado el prolongado proceso de su divorcio con los nacionalistas italianos entre los cuales a principios del siglo se contaba. En el curso de la Primera Guerra Mundial, en efecto, militaba en el campo de los que exigían el ingreso de Italia en el combate, porque –decía– una vida individual o colectiva que no se confronta con la muerte no vale nada. Pero cuando la matanza general se interrumpió y los vencedores se repartieron los despojos en París, concediéndole a Italia jirones y migajas, el disenso entre el traductor y su maestro fue profundizándose: D'Annunzio exigía el rechazo de la “victoria mutilada” que los líderes de la nación habían aceptado y la anexión de la costa este del Adriático, la Dalmacia; Borgese, en cambio, negociaba frenéticamente, sin saber muy bien por qué, la formación de una federación italo-eslava. De esta época data un artículo en que el Maestro lo llamaba Giuseppe Antonio Senzacca. Era un complejo juego sobre la letra “h”, que en italiano se pronuncia “acca”. Giuseppe Antonio era de los Borghese sin hache (los Borghese con hache eran los miembros de aquella ilustre familia que, a partir del Renacimiento, decidió el destino de la Italia moderna). A través de una serie de juegos de palabra intermedios, D'Annunzio acababa por llamar a su anterior admirador “*il Accattone*”, es decir, el mendigo.

Pero ¿cómo habían llegado a enfrentarse de ese modo? Para responder esta pregunta debo darles una explicación preliminar. Las aspiraciones políticas de D'Annunzio databan de los últimos años del siglo XIX, cuando, comprobando que la literatura era una disciplina demasiado estrecha para contener la variedad de sus talentos, resolvió convertirse en diputado. Ganó las elecciones en el distrito de su ciudad de nacimiento. Pero la asistencia al Congreso no le causó nada más que frustración: su extraordinaria capacidad retórica no era bienvenida ni apreciada por los demás congresales, que comenzaron a burlarse de él por los pasillos, que lo imitaban presentando a votación proyectos nebulosos, que lo humillaron hasta que, hastiado, sintió que debía renunciar. Esta decepción fue tal vez la mayor que sufrió en el curso de su vida. Decidió curarse de la tristeza que le había causado por medio de la exploración de las formas de la velocidad: se consagró a los automóviles e iba a las ferias donde se presentaban los novísimos aviones. Visitaba otras ciudades,



concebía perfumes, diseñaba los lemas para etiquetas de licores, buscaba en sus amantes nuevas formas de belleza. Sus romances acababan en desastre: una de sus mujeres se volvió adicta a la morfina; otra fue confinada en un manicomio. Como ya no escribía sus novelas, pagaba el lujo del que nunca consentiría a privarse con deudas que nunca podría pagar. Pronto los acreedores acampaban en torno a su mansión, los perros y caballos que adoraba ya no tenían casi qué comer, tuvo que ocultar sus automóviles. La dentadura del Maestro llevaba años en condiciones lamentables; dijo que se iba al extranjero, a París, a hacerse atender por un dentista.

Mentía: no volvió. Se quedó en Francia. Escribió un interminable oratorio sobre el martirio de San Sebastián que musicalizó Claude Debussy. A pesar de que la pieza fue estrenada en uno de los principales teatros de la capital, resultó un éxito menor, mucho menor que sus mayores éxitos, que ahora parecían muy remotos. El Maestro tuvo que aceptar que ya no era capaz de adivinar el pulso de su público: su mejor momento había pasado. Y esta certeza lo llevó a la peor de sus depresiones. Su carrera política parecía terminada y no estaba seguro de ser capaz ya de escribir con el ímpetu y el éxito con que antes escribía. Pero fue entonces que se dio la sorpresa de la Primera Guerra Mundial, y, cuando ya había pasado los cincuenta años, aprendió, de un día para el otro, el oficio de aviador. Se convirtió, gracias a la ejecución de una serie de maniobras deslumbrantes (incursiones furibundas sobre ciudades enemigas, ataques nocturnos en la costa), en héroe de guerra. En uno de sus vuelos perdió un ojo y, sin saber si perdería el otro, en el silencio de un hospital de Venecia, escribió el mejor de sus libros, un larguísimo y fúnebre poema llamado *Nocturno*. Y pronto se puso a concebir la empresa que el documento evoca una y otra vez, a veces abiertamente y otras de manera cifrada: la formación del Estado Libre de Fiume.

Fiume era la ciudad más importante de la Península de Istria, que está en la costa del Mar Adriático opuesta a la de Italia y hasta 1914 había sido del Imperio Austro-Húngaro. Fiume (cuyo nombre es hoy Rijeka, en Croacia) había sido parte del Reino de Venecia en su anterior fase imperial y mantenía una población italiana próspera y considerable. Desde mediados del siglo XIX, subgrupos de esta población habían promovido la separación de la ciudad y sus tierras circundantes de Austria-Hungría. Estos subgrupos estaban justificados plenamente en suponer que la derrota en la Gran Guerra de los que veían como ocupadores constituía su oportunidad decisiva: durante las negociaciones que precedieron al ingreso de Italia en la guerra, Gran Bretaña y Francia le habían prometido a sus negociadores que, cuando los aliados vencieran, transferirían la península entera al



dominio de Roma. Pero la Paz de Versailles, el conjunto de resoluciones de 1919, sancionó la formación de Yugoslavia y decretó que Istria pertenecería a esta nueva nación.

Era el momento en que Italia era recorrida por ex-soldados sin destino particular ni sitio en la sociedad burguesa que volvía a desplegarse. Entre ellos estaban los miembros de las tropas de asalto más feroces: los *arditi*, los ardientes, los audaces. Los que habían muerto por centenas de millares en las pendientes áridas del Carso, hechas de rocas tan huecas como las que forman el subsuelo del estado de Florida. Los *arditi*, los degolladores: los que rehusaban usar armas que volvieran su carrera más lenta. Preferían las granadas y puñales que llevaban en los bolsillos y entre los dientes en las carreras que emprendían en dirección a las trincheras enemigas, adonde rara vez llegaban: los desbandaban los explosivos y las metrallas. Los Caimanes: así les gustaba ser llamados. Preferían la cocaína al alcohol, y la homosexualidad era común entre ellos. Seguían en los pasquines y en la radio el relato de las aventuras del escritor tuerto que pronunciaba en plazas y balcones discursos explosivos en los que clamaba por el retorno de la gran gloria de Italia y celebraban sus promesas: marchar hacia Roma seguido por sus galgos o realizar un vuelo desde Torino a Tokyo y visitar por fin esas regiones desde donde –pensaba– provendrían las corrientes de renovación de una Europa decadente. Cuando anunció sus planes de invadir la península de Istria, *arditi* de todas las regiones del país acudieron a Venecia para unirse a la banda del poeta, y en septiembre de 1919 marcharon todos hacia Fiume. Nadie los detuvo, e ingresaron velozmente en la ciudad, cuya población italiana recibió con euforia la llegada de este extraño comandante que no había gobernado nunca. Sus dirigentes confiaban en la capacidad del líder de los invasores de asegurar la anexión de la ciudad a Italia. Pero D'Annunzio tenía otras prioridades: esperaba que este paso fuera el desencadenante de una gran conflagración que destruyera todo aquello que se interponía en la marcha hacia la restauración de la grandeza de una nación imperial y dantesca. Esta sería la "Ciudad del Holocausto", el punto de irradiación del incendio, fuente de catástrofes y luz.

Desde el comienzo, la coexistencia de los grupos muy diversos que gravitaban alrededor del Maestro fue difícil. Estaban los burgueses de Fiume y las tropas italianas con sus divisiones. Pero estaban también los bolcheviques que llegaban precipitadamente a la ciudad (Lenin, en un discurso de Moscú, dijo que él y D'Annunzio eran los únicos auténticos revolucionarios de Europa), anarcosindicalistas, futuristas, fascistas, dadaístas y singularidades como el curioso héroe de guerra Guido Keller, cuya mascota era un águila, que dormía desnudo en la copa de los árboles y era uno de los asistentes principales del sideral gobernador. Este era el mediador principal entre el Líder, que



emitía sus decretos desde su cuarto en el Hotel Europa, flanqueado por su amante de la época, la pianista Luisa Baccará, y los cuarteles donde alojaba a sus soldados. Pero los decretos eran siempre oscuros: expresivos más que prácticos. Y lo que expresaban era una ambición que se volvía cada vez más exorbitante, cada vez más enfrentada a los designios de los políticos de Roma, que ordenaron que la ciudad fuera sitiada por mar y por tierra. En ese punto, los italianos de la ciudad le demandaron al Maestro que concluyera su imprevista dictadura. Pero el Maestro no quería. Todavía no. Si fuera posible nunca. Pero no todavía. Y los más radicales de los jóvenes que lo secundaban no estaban dispuestos a abandonar este territorio que llamaban la Ciudad de la Vida. Habían formado una secta que llamaban la "Unión de Espíritus Libres que Tienden a la Perfección". Mantenían prolongadas reuniones por la noche en la Plaza de la Higuera, en torno a botellas de vino local y breves montículos de cocaína, donde, en la presencia estruendosa o muda del Líder, debatían las virtudes del hinduismo, la posibilidad de una aristocracia espiritual, los beneficios del nudismo, y hacían planes para fundar una utopía agraria en la cual formas de vida preindustriales serían reinstaladas. Se formaron subgrupos entre ellos: los Lotos Marrones, que querían llevar una vida simple y proponían el retorno a la naturaleza; los Lotos Rojos, que proclamaban la llegada de un mundo nuevo transfigurado por una sexualidad renovada; los que creían en los poderes de un indefinido "Amor Sagrado".

Pero la suerte de la empresa se volvía más incierta a medida que el aislamiento de la ciudad se volvía más profundo: desde principios de 1920 los alimentos se habían vuelto escasos, y era difícil conseguir las telas que necesitaban para la confección de los uniformes y las flores para los festivales. La atmósfera de Fiume, sin embargo, era de fiesta: era la "Danza de los ardientes", según la expresión del poeta belga Leon Kochnitzky, uno de los lugartenientes del Maestro. En el Festival de San Vito, continuaba, "en cualquier dirección que uno mirara, veía un baile: de lámparas, de chispas, de estrellas, en el hambre, en la ruina, en la angustia. Al borde de la muerte en las llamas o debajo del estruendo de granadas, Fiume, levantando una antorcha, danza frente al mar". Frente al mar, frente al puerto donde seguían anclados los navíos de guerra que estaban allí en el momento de la ocupación, y que las tropas de la Ciudad del Holocausto empleaban para realizar las incursiones piratas a lo largo del Adriático, entre Messina y Trieste, y el tráfico de drogas que constituían la nueva base de la economía. La empresa, de ese modo, fue mutando. Inicialmente se proponía provocar un cambio de la política en Italia, pero ahora D'Annunzio y sus compañeros (De Ambris, Kochnitzky, Keller) lo veían como el sitio donde se iniciaría una recomposición profunda de la política global. Concebían la creación del Estado Libre de Fiume como el principio de una sublevación universal donde los servios, los egipcios, los turcos, los irlandeses, los hindúes, los italianos declararían la



revuelta contra la dominación del capitalismo, el imperialismo, los financistas de todas las orientaciones, todas las formas de la decadencia. Decidieron constituir la *Lega dei Popoli Oppressi*, la Liga de los Pueblos Oprimidos, e invitaron a Fiume a numerosos delegados de Rusia, Siria, Mozambique y Persia para que sus deliberaciones le dieran un carácter más preciso al gobierno universal que instaurarían después de los combates y las purificaciones. Pero era demasiado tarde para implementar este plan: la crisis económica y política se había vuelto demasiado profunda. Los vínculos con las instituciones de la comunidad burguesa estaban rotos y fracciones del ejército que el programa nacionalista había atraído iban dejando la ciudad.

La aventura concluiría en el desastre. Cuando el Tratado de Rapallo estableció los detalles de las relaciones entre Italia y el nuevo Reino de los Servios, Croatas y Eslovenos (luego se llamaría Yugoslavia), Roma ordenó el ataque a la ciudad, y a finales de diciembre de 1920 terminó con el régimen de la Ciudad del Holocausto en apenas dos días. De las tropas desmovilizadas que habían apoyado al líder, la abrumadora mayoría pasaron a las huestes del fascismo. Los artistas regresaron a sus bases artísticas. En cuanto a D'Annunzio, pasaría los últimos años de su vida en el encierro espléndido de una villa cerca del Lago de Garda, no muy lejos de Brescia, donde consagró sus rápidamente menguantes energías a fabricar un espacio que ya no fuera parte del dominio de los vivos y adquirir, como dice el único libro que escribió esos años, el bien que se compra con la moneda que tiene en la cara recta la voluntad de vida y en el reverso la voluntad de muerte, a ejecutar el movimiento que le quita todo peso a la pulpa y a los huesos, a la palada de tierra y la corona de flores implícita, al cráneo sin cabellos y el polvo decadente.

